

Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica, 5(2), julio-diciembre 2024.
ISSN: 2730-4833 (papel), 2730-4957 (en línea). DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/e3.1.7.

ENTRETEJIENDO MIRADAS: UN ABRIGO PARA LAS INFANCIAS

INTERWEAVING GAZES: A SHELTER FOR CHILDHOODS

*ENTRELAÇANDO OLHARES: UM ABRIGO PARA
AS INFÂNCIAS*

Carolina Rogel Silvera

Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica Maldonado
Maldonado, Uruguay

ORCID: 0009-0000-5423-3684

Correo electrónico: carolinarogel86@gmail.com

Recibido: 25/10/2024

Submitted: 25 October 2024

Recebido: 25/10/2024

Aceptado: 18/11/2024

Accepted: 18 November 2024

Aceite: 18/11/2024

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

ROGEL SILVERA, C. (2024). Entretejiendo miradas: un abrigo para las infancias. *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 5(2). DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/e3.1.7.
Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Resumen

Integrando aportes psicoanalíticos sobre el proceso de subjetivación, el artículo reflexiona sobre los soportes necesarios para acompañar a las infancias desde una perspectiva de derechos y señala la importancia de la interdisciplina. Aporta experiencias clínicas que reflejan algunas características de Maldonado e intenta generar un posicionamiento desde lo que sí se puede hacer cuando se trabaja en situaciones en los «bordes». Incluye categorías de análisis de la clínica socioeducativa y alude a la responsabilidad de ser parte de un tejido que va a impactar en un psiquismo abierto, donde la posibilidad de inaugurar nuevos comienzos nos convoca como profesionales del lazo y nos impulsa a diseñar artesanalmente hilos posibles para poder entretejer y abrigar a todas y cada una de las infancias.

Palabras clave: psicoanálisis, sociedad, infancia, interdisciplina.

Abstract

Integrating psychoanalytic contributions on the process of subjectivation, this article reflects on the necessary support for accompanying childhoods from a rights-based perspective and highlights the importance of interdisciplinary work. It presents clinical experiences that reflect some characteristics of Maldonado and attempts to generate a position from what *can* be done when working in situations on the “edges.” It also includes categories of analysis from socio-educational clinical practice and alludes to the responsibility of being part of a fabric that will have an impact on an open psyche. This is where the possibility of inaugurating new beginnings calls us as professionals and compels us to design possible *threads* to interweave and shelter every childhood thoughtfully.

Keywords: psychoanalysis, society, childhood, interdisciplinarity.

Resumo

Integrando contribuições psicanalíticas sobre o processo de subjetivação, o artigo reflete sobre os suportes necessários para acompanhar as infâncias desde uma perspectiva de direitos e aponta a importância da interdisciplinaridade. Traz experiências clínicas que refletem algumas características de Maldonado e tenta gerar um posicionamento a partir do que é possível fazer ao trabalhar em situações que nos levam à «borda». Inclui categorias de análise da clínica socioeducativa e alude à responsabilidade de fazer parte de um tecido que impactará em um psiquismo aberto, onde a possibilidade de inaugurar novos começos nos convoca como profissionais do vínculo e nos impulsiona a desenhar artesanalmente fios possíveis para entrelaçar e abrigar a cada uma das infâncias.

Palavras-chave: psicanálise, sociedade, infância, interdisciplina.

INTRODUCCIÓN*

Desvelan al psicoanálisis, entre otras cuestiones: el determinismo, el azar, la complejidad, los sistemas abiertos, la autoorganización. Lo desvelan desde el exterior. ¿Qué teoría es tan autónoma que no tenga exterior, que no sea perturbada por ese exterior? Asumir el desafío que nuestro psicoanálisis sea contemporáneo del presente exige situarse en los bordes. Bordes de la clínica. Bordes de la teoría. Fronteras lábiles [...]. Sentirlas, vivirlas, pensarlas como fundantes las convertirá en ámbitos de producción. La ciencia se va tornando cada vez más permeable al multiplicar los intercambios. «El psicoanálisis ha contribuido a preparar los espíritus para este cambio epistemológicos y es justo que coseche sus frutos» (Houzel, 1987).

Hornstein (2010, p. 21)

Cuando pensamos en infancias o adolescencias, no podemos pensar en un sujeto aislado de los otros. El *cachorro humano* ya desde antes de su nacimiento es enunciado en un linaje familiar y sociocultural, y llega a un mundo que lo humaniza en el vínculo con el otro. Es necesario que exista un otro que lo reciba y sostenga, alguien que cumpla la función materna en términos de primera figura de apego y afecto, del cual el bebé al inicio no puede ser diferenciado. Madre y bebé son uno, en una simbiosis inevitable, necesaria y estructurante. Winnicott (1914) hace ya un siglo postuló la necesidad de un ambiente facilitador

1 El artículo fue aprobado por la editora Leticia Pombo.

Agradecimientos: A mis colegas y compañeros del grupo AUDEPPMA (AUDEPP Maldonado), quienes me alentaron e impulsaron en la elaboración de este trabajo, con valiosos aportes y un intercambio afectuoso y respetuoso de experiencias y saberes teóricos y vivenciales.

y dijo que para que esto suceda se necesita a una «madre suficientemente buena», que pueda identificarse con ese bebe, con sus necesidades, e ir las respondiendo acertadamente, metabolizando el displacer y volviéndolo más digerible, realizando un *holding* que habilite al bebé a salir a un mundo lo bastante seguro como para querer, curiosamente, empezar a recrearlo.

Paulatinamente, comienza la constitución de un yo diferenciado, de un sí mismo, e inicia el proceso de subjetivación. Ese niño se irá encontrando con muchos otros que desde algún lugar (según sus propios procesos de subjetivación) le presentan el mundo y se lo hacen más o menos digerible. Esto le otorga las posibilidades y las herramientas para poder manipularlo en un inicio, luego comenzar a percibirlo como algo que no puede controlar del todo y por último entender que hay objetos que no puede controlar, pero que son parte de este mundo al igual que él. Descubre que es una persona única en un mundo lleno de objetos. Descubre el mundo mientras se crea/ descubre a sí mismo.

Muchos otros significativos acompañan este proceso. Madre, padre, familiares cercanos. Amigos de la familia, maestros, educadores, miembros de la comunidad y un entorno que acompaña el desarrollo de ese niño o niña durante su proceso de subjetivación. Podría pensarse metafóricamente en una red, tejido o manta que, en el mejor de los casos, abriga y protege a esa infancia, a ese sujeto que viene de una herencia familiar y que irá armando subjetividad en permanente cambio, con un estilo propio y desarrollo único. Esta subjetividad siempre tiene que ser concebida y pensada en un contexto social, económico, cultural situado en una época y un lugar.

En este tejido, quienes trabajamos con infancias (psicoterapeutas, profesionales de la salud, profesionales de la educación, educadores sociales, trabajadores sociales y diversos actores institucionales) podemos percibir o captar infinitas variedades e hilos. Nos toca acompañar, por ejemplo, a niños y adolescentes que cuentan con un tejido familiar y social sostenedor, continentador, con muchas *agujas tejiendo*, con hilos fuertes, que pueden en algún momento estirarse o romperse

por infinidad de situaciones de la vida cotidiana del niño y de la familia. Estas situaciones pueden requerir un abordaje específico: escuelas que adaptan y adecúan currículas, médicos de familia que salen de los consultorios y trabajan en territorio, profesionales de la salud que identifican alguna dificultad que es necesario abordar, psicomotricistas, psiquiatras, fonoaudiólogos, psicoterapeutas y todos quienes de una forma u otra inciden y son parte del proceso de subjetivación, de los encuentros y del impacto que estos tienen en ese psiquismo.

En estas situaciones, cada uno de los profesionales o actores que acompañan a ese niño cuentan con un *pañ*o en donde poder trabajar y construir en equipo. Convergen miradas y, desde los diferentes lugares, se sigue entretejiendo ese manto necesario para cuidar y abrigar la infancia y para que ese niño, niña o adolescente continúe el desarrollo de su subjetividad.

Ahora bien, ¿cómo impactan y se entrecruzan estas miradas en lo local? ¿Qué atravesamientos se producen en la construcción de subjetividades en un departamento de altísima movilidad y crecimiento demográfico exponencial? En nuestros diferentes ámbitos de inserción como profesionales, ¿nos encontramos con tejidos que den abrigo a las infancias y adolescencias? Y cuando aparece la crudeza y la vulnerabilidad de las redes, cuando nos enfrentamos con situaciones que exceden lo que es posible ser pensado, simbolizado o inclusive subjetivado, ¿qué posibilidades tenemos como profesionales y con qué agujas contamos?

ALGUNAS PARTICULARIDADES DEL DEPARTAMENTO DE MALDONADO

El departamento de Maldonado, en donde resido y realizo mi práctica profesional, es el segundo más urbanizado de Uruguay (luego de Montevideo), con un total de 164.000 habitantes. Se caracteriza por ser un destino turístico nacional e internacional altamente cotizado en lo referente a tranquilidad y seguridad. Asimismo, aloja una punta que

seduce y genera atracción como lugar en el cual se puede prosperar y lograr vivir una «vida mejor»: la ciudad de Punta del Este. En esta zona, con un alto porcentaje de inmigrantes extranjeros y de otros departamentos del país, una de las particularidades del trabajo con las infancias es, por ejemplo, que se trabaja con niños y niñas que nacieron y están creciendo en una familia que emigró desde otro lugar. Dentro de este fenómeno migratorio existe una gran variedad de situaciones socioeconómicas, pero muchas veces se presenta la particularidad común de la falta o la reducción de la red familiar y vincular, lo cual redundaría en la falta o la fragilidad del tejido que describíamos anteriormente.

Por otra parte, en lo referente a las realidades socioeconómicas se observan grandes brechas. Por ejemplo, adolescentes que realizan sus primeras temporadas laborales atienden a otros adolescentes turistas que están disfrutando en las playas o haciendo un pedido de almuerzo en un restaurante, lo cual se constituye en parte de sus encuentros con pares e impacta en el desarrollo de estas subjetividades. De a ratos, son trabajadores viviendo sus primeras experiencias laborales. En los ratos libres, son adolescentes que coinciden en espacios de esparcimiento y disfrute con otros que serán clientes o pares según ese adolescente, ahora trabajador, tenga o no el uniforme puesto.

Otros ejemplos se dan en situaciones de familias que trabajan como caseros de otra familia. En la clínica escuchamos a estas subjetividades decir que se sienten «un pajarito en una jaula de oro», en donde nada se puede romper porque nada es propio, en donde la forma de vivir tiene que ser acorde y ajustada al «perfil del cargo».

«Maldonado es para hacer temporada»: mucha gente viene a eso. Otros, los locales, siguen el mandato y esperan esos meses de verano para poder «hacer la diferencia». Se establece una discontinuidad en la cotidianidad entre los meses de invierno y verano, lo que también incide en el tejido familiar. En ese momento, los niños, niñas y adolescentes se encuentran en vacaciones, por lo cual sus días también son diferentes, con más tiempo libre y menos rutinas que organicen. Hay una red de cuidados a las infancias que abruptamente se modifica y

deja a ese entramado afectado. En el mejor de los casos, las familias se encargan de diseñar una estrategia de cuidado por esos meses y, por ejemplo, incluyen a los niños en escuelas de verano o en propuestas particulares, nuevamente hilando e intentando que, de esa forma, esas infancias puedan contar con otro sostén, para reducir la brecha que se impone en forma abrupta en su cotidianeidad.

ARTESANOS DEL TEJIDO: LOS DESAFÍOS DE CREAR Y SOSTENER RED

Anteriormente mencionábamos las posibilidades de intervención que muchos de nosotros (desde los diferentes lugares y profesiones) encontramos cuando hay red, cuando hay tejido familiar y social. Pero ¿qué pasa cuando la sensación de quienes estamos acompañando esa infancia es otra? ¿Cómo impacta percibir que los hilos son más frágiles o que hay demasiado agujero? ¿Desde qué lugar podemos pensar(nos) cuando parece que no hay suficientes manos o agujas tejedoras?

Cuando no hay red o cuando, habiendo red, hay hilos sueltos o pocas agujas para tejer, el trabajo de quienes ocupamos un lugar en el acompañamiento de esa infancia se torna una tarea artesanal. En las situaciones de altísima complejidad, con redes de contención extremadamente frágiles o inclusive sin hilo del cual poder agarrarse, creemos que las posibilidades y las agujas que pueden crearse son infinitas como cada una de las situaciones que se nos presentan.

Frigerio et al. (2017) en sus *Ateneos de pensamiento clínico* reflexionan en torno al posicionamiento y las complejidades de la práctica profesional en las situaciones de altísima vulnerabilidad con la que a veces nos vemos enfrentados al trabajar con los márgenes o en los bordes. Este grupo rioplatense se refiere a los *oficios del lazo* para nombrar a los diferentes actores que intervenimos en estas situaciones de gran complejidad. Recurren a la noción de pensamiento clínico, el cual da cuenta de un posicionamiento ético y de un compromiso social.

Según Frigerio et al. (2017), el pensamiento clínico implica

abordar el continente que convoca a unos sujetos concernidos por ciertos oficios a pensar juntos, a proponerse dilucidar juntos lo que acontece en ciertos territorios (escuelas, salitas, consultorios, programas con sede geográfica o institucional, bajo techo o en las calles) trabajando con otros. Recurrir a la noción de pensamiento clínico no remite tanto a una situación descrita o representada hasta el hartazgo en su caricatura o en su banalización, sino a recordar que los aportes de un cierto psicoanálisis, de una cierta sociología, de un modo de trabajar las teorías del derecho, de una manera de ofrecer elementos de una cierta antropología, una manera extraterritorial de filosofía, e incluso una cierta pedagogía y específicamente una clínica de la relación al saber, conciernen un modo de investigar, unas nociones, en permanente movimiento que se expresan en un modo de tratar-escuchar, comprender, traducir, interpretar e intervenir [...]. En los oficios en los que aquí será cuestión hay que admitir que de nuestros días, lo cotidiano incluye una dimensión de lo traumático que parece requerir o imponer una clínica del extremo [...]. Allí nos encuentra el trabajo cotidiano, allí nos cruza la realidad de los tiempos a los que ejercemos los oficios del lazo (nos llamemos educadores, psicólogos, psicoanalistas, trabajadores sociales, abogados, jueces, artistas. (Frigerio et al., 2017, pp. 42-43)

Quienes ocupamos estos lugares profesionales contamos con algunos marcos de referencia que nos pueden orientar en la forma de pensar, en el posicionamiento, a los cuales acudimos y revisamos y también desarmamos para volver a armar nuevos. Pero estos saberes que se alimentan y toman cuerpo en nuestras prácticas son finitos. Cuando se trabaja en los márgenes, cuando nos acercamos al sufrimiento en contextos extremos no hay recetas, y por esto se vuelve tan necesario el intercambio y el entramado desde la interdisciplina. Necesitamos escuchar para que nuestra mirada pueda converger con otras y de este modo poder complementarnos. Trabajamos con el desafío constante de crear y armar red entre los diferentes actores.

Cuando se trata de contextos de alta vulnerabilidad que afectan a las infancias, sucede que a veces la red se arma y no es necesario adoptar una medida de protección. Existen en la comunidad referencias positivas que habilitan a ese niño o niña a circular por diferentes espacios que ofician de sostén familiar. Por ejemplo, los centros juveniles o los clubes de niños a contraturno de la escuela tejen posibilidades y ayudan y acompañan a las familias a reparar y armar tejido con sus propias agujas. También profesionales que se suman a este trabajo, como los psicoterapeutas, que integran a la familia del niño a alguna sesión o mantienen sesiones con los adultos referentes intentando generar un pensamiento diferente, por ejemplo, sobre un síntoma; o que contactan con el centro escolar para intercambiar miradas con la maestra que acompaña día a día a ese niño en el aula. En esas instancias, es ahí en donde estamos tejiendo. Incluso en las diferencias.

Y en los extremos, que también los hay, cuando es necesaria una medida de protección como el ingreso por amparo, se nos presenta la necesidad imperante de intentar armar tejido e incluso armar hilos posibles.

Zelmanovich y Ferreyra (2022) realizan aportes desde el psicoanálisis aludiendo a la clínica socioeducativa. En su forma de pensar, un síntoma es «lo que no anda» (en una escuela, en un proyecto socioeducativo, en una institución). En esta línea integran varias dimensiones: la dimensión institucional, la dimensión sociohistórica y la dimensión subjetiva; y trabajan desde ese anudamiento, pero también desde los agujeros. Plantean el malestar en términos de lo que excede, lo que irrumpe, lo que deja a los equipos que intervienen y conforman ese tejido por momentos con la sensación de imposibilidad e impotencia. Zelmanovich y Ferreyra (2022) aportan la categoría del *no-todo*, la cual expresamente se aleja de la dicotomía omnipotencia-impotencia. El *no-todo* ubica a los profesionales en una zona de posibilidades a construir, por un lado, permite reconocer la finitud de lo que podemos hilar, dejar a un lado la omnipotencia de que con nuestra intervención llegarán soluciones mágicas y dar lugar a las limitaciones de cada mirada singular y a la importancia y la complementariedad de la mirada

del otro, quien va a aportar algo diferente. Esta transdisciplinariedad es fundamental para poder concebir la posibilidad de hacer algo, no quedar impotentes. Ese *algo*, que sabemos que no es un *todo*, puede igualmente ser un algo significativo para ese niño, para ese tejido.

Así, cuando se trata de adolescentes que requieren ser retirados de su familia de origen porque carecen de adultos que cuenten con capacidades para hacerse cargo de su cuidado (por estar atravesados por situaciones de salud mental, de consumo o de cualquier otra índole y que, entre otras cosas, ni siquiera cuentan con herramientas para cuidar de sí mismos), se apunta a fortalecer y promover el vínculo, si es necesario en forma acompañada (educadores o técnicos que ofician de sostén), en los momentos en que ese adulto que ha fallado en su capacidad de cuidar y proteger, está permeable y puede brindarse al encuentro. Estos encuentros son sumamente significativos para que esos adolescentes sientan que, pese a las circunstancias, valen para alguien, valen para otros.

En otras oportunidades, es fundamental el trabajo sobre los vínculos de amistad, por ejemplo, con familias de amigos del liceo o de la UTU que se solidarizan con la situación y se ofrecen para invitar a ese compañero de clase que atraviesa una situación de vulnerabilidad a pasar la tarde o a quedarse un fin de semana. Los equipos que trabajamos con estas realidades tenemos la ardua tarea de hilar las redes con las que contamos para poder habilitar nuevas posibilidades y acompañar los procesos de encuentros con estos otros que quizá ayer eran inexistentes, pero que paulatinamente pueden volverse significativos.

REFLEXIONES FINALES: LOS MUCHOS ALGO QUE PUEDEN INAUGURAR COMIENZOS

Winnicott (1914) y otros autores postfreudianos y postwinnicotianos plantean que, además del mundo interno (al cual el psicoanálisis tradicional le otorgó un lugar preponderante), la realidad externa y las relaciones con los otros reales (no solo figuras internalizadas)

determinarán e incidirán en la construcción del psiquismo y en el desarrollo de la subjetividad. Se concibe una vertiente del psicoanálisis como relacional, en donde se señala la importancia del vínculo con otros (desde las primeras figuras de apego hasta lo sociocultural), lo cual hace posible la humanización del cachorro humano y el consecuente proceso de subjetivación.

En esta línea, Hornstein (2018) plantea la noción de *psiquismo abierto*, un aparato psíquico que más allá de la estructuración de base de los primeros años de desarrollo, puede *seguir siendo*, haciéndose y armándose en el entramado de los encuentros vinculares, identificatorios y potencialmente narcicizantes de muchos otros significativos que son parte de la vida y de los nuevos encuentros (relaciones con pares, amigos, docentes, relaciones laborales, relaciones de pareja). Concebir un psiquismo abierto nos posiciona en el lugar de tener que reflexionar acerca de las relaciones que transita un sujeto a lo largo de su vida y de sus efectos en la constitución subjetiva, con la posibilidad de autoorganización en cada nueva experiencia vincular. Y, entre estas, la experiencia analítica.

En esta misma línea, Bleichmar (1999) utiliza el término *neogénesis*, el cual también remite a un aparato psíquico abierto que tendrá de algún modo posibilidad de ser modificado. Retomando el aporte de Winnicott (1914) sobre el *holding* del analista en tanto creación de un ambiente facilitador que permita al paciente un proceso regresivo en la contratransferencia y la aparición del verdadero *self* y el aporte de Bion sobre la función *reverie* del analista, metabolizadora de simbolizaciones y transformadora de elementos para lograr una nueva organización de estos en el psiquismo, podemos plantear que el espacio analítico o el espacio de encuentro implica la posibilidad de inauguración de algo nuevo que anteriormente no estaba presente en esa estructura.

Siguiendo estos aportes, se podría expresar que en los encuentros con otros somos un psiquismo abierto y permeable, nos dejamos afectar y también afectamos y permeamos a ese que acompañamos en su proceso. Estos encuentros no solo se producen dentro de los

consultorios entre analista y analizando, sino que, tal como refiere el grupo rioplatense, se producen en múltiples escenarios posibles con diferentes y variados actores. Se desarrolla, de este modo, un posicionamiento y pensamiento clínico que en el intercambio interdisciplinar y en el trabajo en equipo podemos colectivizar y asumir como profesionales del lazo.

Hornstein (2018) señala que la implicación subjetiva del analista tuvo un lugar en la teoría de la psicología del *self* y en la práctica de Winnicott. En ese contexto, amar, cuidar, comunicar no son apelaciones románticas, sino pilares técnicos fundamentales. Para Kohut (apud Hornstein, 2018, p. 117) «la subjetividad del analista posibilita una escucha empática.». Para Winnicott (apud Hornstein, 2018):

el análisis debe proveer un ambiente de sostén posibilitando que emerja el verdadero *self* del paciente. La noción que comparten de detención del desarrollo los obliga a asumir que el analista tiene que neutralizar ciertos déficits y, por lo tanto, aportar cierta prótesis. Conviene decirlo de otro modo: la implicación subjetiva exige un analista comprometido con el analizando no solo en la interpretación del pasado, sino en el descubrimiento (y la producción) de otras modalidades relacionales. No se trata solo de un desarrollo detenido, sino de la producción de una historia. Desarrollo supone el despliegue de lo ya presente. Historia apunta a permanencia y cambio (solo pensable desde la aceptación de lo nuevo) (p. 117).

Desde este lugar nos posicionamos, asumiendo una implicación subjetiva aún más fuerte cuando trabajamos con infancias y adolescencias. Y lo hacemos con la responsabilidad y el compromiso de que algo nuevo pueda suceder e inaugurarse. Pretendemos favorecer procesos que hagan sufrir menos y, parafraseando a Hornstein (2018), aportar cierta prótesis que repare para seguir marchando, sin pretender negar las heridas que indudablemente están en estos niños, niñas y adolescentes que, por la vulnerabilidad de su situación familiar y socioeconómica, han pasado por tanto. Confiamos en que, aun con

heridas, se puedan sentir valiosos y con derecho a ser abrigados. Y defendemos que, como personas valiosas que son, también pueden tener mucho para dar.

Para finalizar, quisiera compartir una experiencia de uno de los centros en los que trabajo. Algunas de las adolescentes que allí residen me enseñaron a hacer una torta de chocolate en el microondas, algo que yo no sabía hacer. Ellas habían aprendido esta receta hacía algunos años y solían prepararla para los cumpleaños o las meriendas compartidas en el liceo. A pesar de su entusiasmo, yo seguía sin saber cómo se hacía, hasta que un día me invitaron a participar en el proceso. Me integraron en la preparación y me permitieron colaborar en cada paso; luego, compartimos juntas el postre.

Gracias a esta experiencia, aprendí a hacer la torta y comencé a prepararla en casa. De vez en cuando, las chicas me preguntan cómo me va en la cocina, si la torta sigue saliendo bien o incluso se ofrecen a enseñarme otras recetas. Estoy convencida de que, en esos momentos, su yo herido también encuentra valor y siente que tiene algo para dar. Esta posibilidad de aceptar cuánto tienen para dar, de generar y ser parte de situaciones como esta, de incluir a otros actores de la red, puede habilitar la posibilidad de nuevos comienzos y que allí se ponga en juego algo de lo reparatorio.

Pero quienes ocupamos estos lugares también tenemos vivencias de otra índole: cuando sostenemos una crisis o intervenimos en un momento de desborde o de conflicto. Allí hay alguien que sufre y que está expresando su malestar. Y ese malestar también nos llega, y hay que poder tolerarlo. Quienes trabajamos desde el psicoanálisis como marco de referencia contamos con una herramienta que debemos compartir y colectivizar con otras profesiones del lazo: el manejo de la transferencia. Cuando ese niño o adolescente que sufre me ataca o agrede, no es a mí a quien ataca y agrede, sino que proyecta y transfiere en mí su agresividad, seguramente vivida (pasiva o activamente) en otros vínculos. Pero debemos alojar en nosotros ese malestar y poder mantenernos vivos frente al ataque, dar lugar al dolor y al sufrimiento sin negarlo, pero también estar dispuestos a recibir lo bueno que

puede surgir. Sobrevivir al ataque y, en otro momento, recibir la receta de la torta de chocolate y aprenderla de verdad.

Estas tareas se nos hacen más llevaderas cuando somos varios. La formación permanente, los grupos de covisión o de supervisión, los equipos de trabajo donde colectivizar y compartir saberes y no saberes, la interdisciplina y construir desde la interinstitucionalidad se vuelven muy necesarios. Aquí tenemos mucho para seguir trabajando y aportando con agujas propias, artesanalmente y con diferentes tipos de hilo al abrigo de las infancias, entretejiendo miradas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BLEICHMAR, S. (1999). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Paidós.
- FRIGERIO, G., KORINFELD, D. y RODRÍGUEZ, C. (Coords.). (2017). *Trabajar en instituciones: Los oficios del lazo*. Noveduc.
- FRIGERIO, G., KORINFELD, D. y RODRÍGUEZ, C. (coords.). (2018). *Saberes de los umbrales: Los oficios del lazo*. Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico.
- HORNSTEIN, L. (2010). *Narcisismo: Autoestima, identidad, alteridad*. Paidós.
- HORNSTEIN, L. (2018). Escucha y práctica analítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 126, 106-121. <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201812608.pdf>
- HORNSTEIN, L. (2024, abril 17). *Ciclo desafíos contemporáneos en la teoría y clínica psicoanalítica: Clínica del narcisismo* [video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=D3WK4X8nUoM>
- WINNICOTT, D. W. (1914). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Paidós.
- WINNICOTT, D. W. (1972). *Realidad y juego*. Gedisa.

ZELMANOVICH, P. y FERREYRA, A. (2022). Clínica socioeducativa: Para aproximar el malestar en las prácticas docentes y profesionales. En M. Pereira, S. Ponnou, S. Moyano y C. Ronchese, *El sujeto desafiado: Acción educativa, intervención clínica y social* (pp. 54-66). Laborde.